

EL MOTÍN

Año XLIII

Madrid, Sábado 18 de Agosto de 1923.

Número 33.

EL MOTÍN

PERIODICO SEMANAL
SE PUBLICA LOS SABADOS

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN
ALBERTO AGUILERA, 52. MADRID

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

Madrid: 1'50 pesetas trimestre, 3 semestres; 5 año.—Provincias: 1'50 pesetas trimestre, 3 semestres, 6 año.—Ultramar y Extranjero: 10 pesetas año.—Pago adelantado.—Corresponsales: 1'50 pesetas 25 números.—Número suelto 10 céntimos.

Los suscriptores directos tendrán derecho á recibir cuanto se publique en esta obra, con el 25 por 100 de rebaja.

De jueves á jueves

En estos ocho días han estado á punto de ocurrir en España cosas tan horribles, que al comunicarme hoy con los lectores lo hago con esa emoción que debe invadir á los miembros de una familia que se encuentran después de una catástrofe.

Hemos estado á punto de quedarnos sin ministro de Hacienda. El señor Villanueva no quería consentir en que España siguiese un día más sin hacer economías. Su actitud era muy notable, según lo que han publicado los periódicos. A cada plan, á cada iniciativa sobre el problema marroquí, preguntaba él: «Y eso ¿cuánto costará?»

No miraba otro aspecto. A pesar de ser espertísimo africanista, toda otra conveniencia, toda cuestión de principios que dó para él en alejadísimo término. Podría asegurarse que llegó á decir al ministro de la Guerra: «Si no me deja usted la marcha sobre Alhucemas en catorce pesetas y quince céntimos, no hay marcha. Que se vaya ó no se vaya me importa un bledo; yo no discuto tonterías. Pero ya lo sabe; en mi departamento es precio fijo.»

Llegó á darse por seguro que el señor Villanueva dimitiría, porque si bien el señor Aizpuru, en nombre de los altos intereses que representa, se avenía á aceptar precios de la militar, no se avenía ya á los precios de protectorado civil, que son más módicos aún; pero al fin se corrió el peligro, y el señor Villanueva sigue administrándonos con todo su celo.

¿Por qué sigue?—preguntan algunos.—¿Es que eso de enviar á África á

la Comisión del Estado Mayor Central con el general Weyler á la cabeza, es algo más que dar largas al asunto mientras se continúan gastando los mismos millones inútilmente?

Muy poco de calma. Será sin duda que el ministro de Hacienda confía mucho en que al príncipe de la milicia que va á estudiar la cuestión, el espíritu de economía le estalla por los costados de la guerrera.

Otro de los males evitados: Cuando se recrudeció hace poco más de una semana la cuestión eterna de si iríamos á Alhucemas ó no íbamos, el rey estaba en Santander. Y al hablarse de si se aceptaban ó no planes belicosos, hubo quien insinuó malévola y todavía no se había dicho la última palabra. No hizo falta más para que la gente diese en decir que la última palabra vendría en automóvil velozmente. Yo mismo—¿á qué negarlo?—yo mismo me incliné á pensar mal.

Pero, ¿á qué tendían esos rumores? El jefe del Gobierno lo dijo el viernes por la mañana cuando ya había llegado en automóvil, no la última palabra, sino el jefe del Estado, inviolable, irresponsable y con todos los atributos que la sabia Constitución le otorga, mondos y lirondos. «Tienen sólo—dijo el marqués de Alhucemas—á crear injustos estados de opinión. Todos los acuerdos son de la exclusiva iniciativa y responsabilidad del Gobierno.»

Y no le quita mérito á estas afirmaciones la consideración de que lo mismo tendría que decir cualquier Gobierno, así tuviera la iniciativa y la responsabilidad bajo veinte ruinas hipotecas, porque lo que habría que ver, seguramente, sería el tono firme y convencido con que el marqués lo dijese. Y aún le faltó decir que en uso de su iniciativa soberana y de su santísima responsabilidad, el Gobierno no había tomado acuerdo ninguno hasta el Consejo del viernes. ¡Tendría gracia que entre las prerrogativas de un Gobierno Constitucional no estuviese la de esperar que llegase el Rey para tomar acuerdos! Los toma cuando quiere, y quiere entonces.

Pero en lo que indudablemente se ha manifestado mejor el pulso del Gobierno ha sido en la dificultad surgida con motivo de haber presentado la dimisión el general Martínez Anido. El comandante general de Melilla

mandó en la famosa Memoria del Alto Comisario un informe sobre el modo en que se podría ir á Alhucemas heroicamente; y afirman los enterados que en ese informe y en la realización del proyecto tienen puesta su alma los elementos que han depositado en el general Martínez Anido sus anhelos de desquite. No conozco el documento, pero seguro que el general hubiera podido resumirlo en esta frase: «Ven ustedes Agosto de 1921? Pues al contrario.»

Ya el jueves pasado por la tarde empezó á decirse por Madrid que el general Martínez Anido dimitía porque no se adoptaba su plan; á lo que opuso el recién llegado Alto Comisario: «No lo creo, porque el general Martínez Anido es el militar más sumiso, más obediente y más disciplinado.»

Pues efectivamente; el más sumiso, obediente y disciplinado o de los militares (¿qué hacen los otros con usted, señor Alto Comisario?) salió el sábado por el registro de que él se había limitado á informar. No decía que nos vistiésemos, sino sólo que ahí teníamos la ropa. Y echaba el mechuelo belicoso sobre el señor Silvela, que le había pedido el plan y lo había elogiado mucho cuando se lo dió. Claro que el señor Silvela contó el lunes que al mismo tiempo que el informe había recibido un oficio en que el general le decía: «Yo he venido aquí para dar satisfacción al Ejército de Africa, que quiere volver por su honor y por su prestigio; y entiendan el Alto Comisario y el Gobierno, que de ser desechado este plan han de ir pensando en quién habrá de ser mi sustituto, porque yo no pienso seguir aquí.» ¡Cualquiera no le elogiaba el informe al general después de semejante rociada, y más con lo expuesto que de be resultar en Melilla ser Alto Comisario!

Pero la habilidad del Gobierno viene ahora. Mandar á aquel Comandancia otro general del corte del señor Martínez Anido, eran ganas de encontrarse á los ocho días con otro informe, otro oficio y otra dimisión; mandarlo del corte contrario, eran ganas de perder el tiempo y el viaje. ¿Qué hacer? He aquí lo genial.

No mandar á ninguno. El general Echagüe recibió á la Comisión del Estado Mayor Central. Por el hecho de llevar tiempo en Melilla el general Echagüe, no sorprenderá á nadie con su presencia. El ministro de la Guerra dijo, según varios periódicos, en el

Consejo del martes, recomendando esa solución, que en los momentos actuales, estando para llegar á Melilla la Comisión del Estado Mayor Central á quien ha de asesorar necesariamente el general que ostente el supremo mando en aquel territorio, no sería prudente enviar allí un nuevo comandante general, que, lejos de asesorar á la Comisión, estuviere él mismo en trance de ser enterado de lo que allí ocurre.

Es decir, que, así como el joven de lenguas de Fíguro era conveniente que supiese alguna, en determinadas circunstancias es prudente que estén en las comandancias generales personas enteradas de lo que ocurre en la zona.

¿Ven los lectores qué difícilísimos escollos ha pasado en una semana nuestro Gobierno, hátil como ninguno y sin igual en la ciencia de conducir pueblos y bailar en la cuerda floja?

Los milagros del Padre Pio

Los que acusan á la Iglesia de ser cómplice de fraudes, milagrerías y falsos prodigios es porque no la conocen. La Iglesia no tolera nada que no sea limpio y de cauce legítimo, sobre todo cuando las falsas milagrerías no le son útiles en nada.

Ahora mismo acaba de darnos un ejemplo bien elocuente de ello. En Italia, en un pueblecito de la provincia de Foggia, hay un sacerdote llamado Pio que tiene revolucionada á toda la provincia con sus milagros y curaciones; el pueblo se ha llenado de fondas y hoteles para cobijar á las multitudes que vienen en busca del cura milagroso. El pueblecito, que antes era pobre y desconocido, ahora es rico, espléndido y el dinero afluía allí á manos llenas. El Padre Pio ha recibido ofertas que ascienden á varios millones de liras.

Pero, buen egoísta, el Padre Pio no daba parte á nadie, ni á sus superiores, de sus cuantiosos ingresos, y el Vaticano no pasa por eso. La Congregación del Santo Oficio ha intervenido en el asunto y ha declarado que el Padre Pio no es santo de buena fe, ordenándole que cesara en sus procedimientos de engatusar á las gentes, so pena de trasladarle á una parroquia de castigo.

Al saber esto el Padre Pio se ha refugiado en un convento de la población, y ésta, en masa, rodea el edificio, increpando á Roma por su determinación, que atribuye á envidia y á malos informes. Cuando la persecución se ha presentado, la figura del Padre Pio se ha agigantado más, y centenares de enfermos y afigidos acuden sin cesar pidiendo remedio para sus males. Las fondas están abarrotadas de gente, y

son muchos los que tienen que dormir á la intemperie por falta de refugio.

Desde luego que los más entusiastas y defensores acérrimos del Padre Pio son los fondistas y hoteleros, y se bendice al santo y se irrecapa á Roma.

Ignoramos si el Padre Pio se sujetará al Santo Oficio; pero lo cierto es que ya tiene hecho lo que se llama su paquete, y ahora, aunque suspenda sus milagrerías, nadie le puede quitar lo adquirido.

La verdad es que el Padre Pio ha estado poco práctico en su lucrativo negocio. Lo primero que tenía que haber hecho es dar parte de sus ingresos al obispo de la diócesis y también al Vaticano. De este modo nadie le habría molestado, y todos contentos. Su avaricia le ha perdido y no ha sabido comprarse la patente y la impunidad para sus milagrerías. Siendo cura no conocía á la Iglesia, que de una feria de dinero no deja á nadie la exclusiva.

FRAY GERUNDO

Las dos medias

(TRADICION PIADOSA)

Fué Sant Toribio un obispo santo, caritativo y prudente, honra y prez de la mitra de Astorga. Su castidad era tan excelsiva, que criado por necesidad tenía que hablar á una mujer, sus pudorosos ojos se fijaban en tierra y no se atrevía á levantar la vista.

No le sucedía lo mismo á varios cardenales de su cabildo, los cuales tenían las amas á pares, las queridas por docenas y los hijos por gruesas. Y como el libertino je es enemigo encarnizado de la castidad, y la purísima vida de su prelado le hacía resaltar más la suya desmoralizada, teníale odio, ya que no envidia, y un día, mejor dicho, una noche, idearon hacerle una jugareta para desacreditarle. Al efecto se compraron á uno de sus pajes, y le quitaron una de sus medias moradas, sustituyéndola por una fúmel y blanquisma como el polvo de la nieve.

¡Qué ajeno está el bienaventurado de que durante su beatífico sueño se hacía en su alcoba semejante escoteo! ¡Cuán lejos de sospechar la celada que le tendían sus enemigos!

Al día siguiente levantóse como de costumbre, y se puso el par de medias que tenía á mano, sin fijarse en la diversidad de color. Está siempre tan preocupada la imaginación de los prelados, que no reparan en nimiedades.

Aquel día celebrábase en la catedral una soberana fiesta, y allá se fué luciendo su heterogéneo par de medias.

¡El murmullo que se armó entre fieles y beatos!

—¡Mira, mira—decían cuchicheando—; parece un santito, y, sin embargo, no da un sólo paso sin que se le vea una media de su compañero!

¿Qué lo sospecha la malicia de las beatas?

Los preclericales murmullos y las irreverentes risas hubieron de advertir al bondadoso prelado de que algo extraordinario ocurría en el templo. Miraba á todas

partes y no veía nada que justificase el regocijo de los fieles.

—¡Dios qué buen humor está hoy más de casaca!—decía con su candor angelical.

Por fin, uno de sus confidenciosos cortésmente le advirtió el quid pro quo de las medias.

—¡Ahora me lo explico todo!—debió exclamar el santo; y para vindicarse de las injustas malévolas suposiciones que de su conducta se hacían, exclamó:

—Pongo á Dios por testigo de que soy inocente de la menor livandad, y espero que lo confirme con un milagro. ¿Véis estas sacras del incensario? Pues las voy á echar en mis ventanuras. Si soy culpable de lo que sospecháis arderán y si no permanecerán intactas.

Así lo hizo y las brassas respetaron las ropas del santo, el cual inmediatamente abandonó la diócesis sacudiéndose el polvo de las zapatillas, por no querer ni un el polvo de gentes tan malvadas uñas y tan maliciosas crías.

Aquí de biera poner punto final, pero no lo hará sin dirigir antes una exhortación. «Vosotros ¡oh impios!, que os pasáis la vida haciendo juicios temerarios de los sacerdotes, no murmuréis de ellos; que los veís con una media negra y otra blanca; ¿quién sabe si tendrán algún eremio oculto? En caso de duda, guardadlos, anímalos con una cejilla al manto y el fuego atestiguará su castidad.

Eso sí, el cura á quien tal le suceda debe salir sin perder tiempo del curato, imitando en eso al bienaventurado Santo Toribio, que en la gloria nos espere muchos años. Amén.»

Trata de blancas

Peor que en las casas que tributan por concepto de higiene, son tratadas las jóvenes en los asilos clericales que se fundan para redimir las.

Y es que en los países sometidos al Vaticano no existen verdaderos recursos cristianos contra la prostitución.

Las órdenes monásticas no entienden de sociología; para ellas el asilo, el preso, el enfermo, ó la infeliz mujer extraviada, son carne explotable, ganado productivo.

Para corregir el vicio no tienen más que un medio: hacer pasar repentinamente á la mujer recién salida de él á una austeridad atumadora é intransigente, y á un trabajo impropio y odioso que esquilma y mata el cuerpo.

No pidan otra cosa á las Adoradoras, Oblatas, Trinitarias y demás gentuza monacal encargada al parecer de redimir ángeles caídos, y, en realidad, de una repugnante trata de blancas sumidas en las esclavitudes más abyectas.

Es esto ya tan sabido, que son pocas las muchachas que se deciden á abandonar la vida airada, porque no habiendo aquí más instituciones redentoras que las monásticas, todo lo prefieren á vivir en esclavitud tan terrible y con tan malos tratos.

Las que salen de esas moderas in-

quisiciones, dicen cosas horribles que, siendo siempre las mismas, no pueden tacharse de calumniosas invenciones.

En esas caras se trabaja como negros, se come muy mal, se viste peor, se sufren desprecios, porque siempre se está echando en cara á la pobre arrepentida su delito, además de exportarla vilmente; y sobre todo hay que sufrir golpes, crueldades inauditas, reclusión perpetua.

Urge acabar con esa explotación infame llevada á cabo en nombre de la caridad, palabra que ha perdido su verdadera significación desde que sirve para autorizar y legalizar la esclavitud más dura y despiadada que se conoce: la de la mujer ignorante y necesitada.

Romance irreverente

He recibido por correo el número 408 de un titulado *Boletín dominical de las parroquias de la ciudad de Córdoba y su diócesis*, en que se inserta un romance de lo más irreverente que he visto para la Sagrada Familia, y que no me atrevería á publicar en EL MOTIN si no trajese marcha mística.

Una gitana dice la buena ventura á Santa Ana, y le anuncia el nacimiento de María Santísima, su casamiento con San José y la pasión y muerte de Jesús. Ignoraba yo hasta ahora que Santa Ana entendiese el calor que usan los gitanos espñoles del siglo xx, mas por lo visto me engañaba, como en lo de no creer que curas y frailes pusieran hasta ese punto en ridículo la religión que explotan.

Y á la va el romance que, como es muy largo, irá en dos números, por tener la seguridad de que pasarán un buen rato mis lectores.

LA BUENAVENTURA

ROMANCE ANACRÓNICO

A la puerta de su casa se hallaba Santa Ana un día, con lágrimas en los ojos y la mano en la mejilla.

Entrada en la ancianidad y estéril toda su vida, sobre su frente de santa lleva el deshonroso estigma con que señala á la estéril la dura raza judía que, saludando de lejos del Salvador la venida, sólo anhela, procreando, tenerlo por hijo un día. ¡Pobre esposa de Joaquín, cuánto llora su desdicha sentada á la limpia puerta de su casa pobre y limpia!

Y hete aquí que una gitana de ojos negros, piel cobriza, boca grande, labios rojos, nariz aguilena y fina,

descalza de pies y piernas, de viejos trapos vestida, con un churumbel en brazos como lavado con tinta, y en el hombro una canasta que es su vendeja continua, al ver á la pobre estéril tan triste y tan pensativa, torciendo un poco su marcha con amor se le aproxima. Y quizás porque le diera, cual le da todos los días, un buen pedazo de pan con algo de lo que guisa, le dice de esta manera de su mal compadecida:

«¡Por vinalhe los corchetes!

¿Qué tiene osté, zeñá Anita?

¿Qué le pasa á su mercé

que está tan moquica?

Quiá er Divé que ar malamare

que le ha endiñao la quina,

mala varita é virtú

lo güerva g tano un día.

¡Zi, que ze gü'erva gitano!

¡Gitano, y con fatigas,

pa que lo en uentre uno de ezos

de las patas añaias

con un borrico choroa

en callej'n zin zaijal

¡Que los sacáis ze le zarten,

y que en el arca é las tripas

le jega la entonasián

un cartucho é zinamital

¿Ofenderla á zu mercé

que está en zu caza metía

zin quitarle er crédito á naide,

más honrá á tos é ruiyas,

sin marqueré á una vecina?

Dimusté quién la ha cñfendio,

que ziento unas jormiguillas

por los bordej é la lengua,

y en la boca una ardentía

como zi me hubiá como

tres dornajoj é guindiyas.

¿Quién ha zio er malamare,

ó quién la retescozia?

Dimelo osté, y ahora mesmo

vi á armale una tremontina,

que le vi á poné la geta

lo mesmo que una jorñiya.

Dimelo osté, y vi á zacarle

la zirgü'zo mardezía

pa jacerle una curbata

que le apriete la tiriya.

¿Quién fuera doló de clavo

pa jacerle una vizital

Pero... ¿que está osté diciendo?

¿Que tos é de mentirijiyas?

¿Que naide ze le ha esbocao?

Poentonzé ¿á qué está afejiya?

Ezenrugue eze entrezejo,

gü'erva á poné cara é riza

ziquiá por zeñó Joaquín;

deze zu mercé otra via,

y á échá duquitaj al aire,

y á dale á la gente invidia.

Endirgure pa acá eza mano,

y en ments que ze prezina,

le irá la buena ventura

cón más primó que una uzia;

ya verá osté al escucharme,

qué pronto se ezamojina.

¡Dámela osté, no zea josca!

¡Misté que no tengo tñal

¡No ze ponga osté ¡vánt!

¡Cardiles con la gü'etial

Misté que yo ze ¡túngu!

pa andarle con brujías.

¡Que priendan á mi Gravié

y me lo pelen encima!

¡Que le encorbaten por choril

¡Que le den á mi Fria quiya

mala puñalá traspera

en la mitá é la barriga,

pa que elants é mis narices

chusqueles coman zis tripas!

¡Que ze me pea en la gata

tó er que coma de vigiia,

zi no digo á osté lo é Diól

¡Déjeme osté, zñá Anita!

¡No zea osté tan testarú;

déjeme osté que la cizal

¿Con que no enduga la mano?

No es mesté que esté á la vista,

que yo me ze de memoria

las letras é zus rayitas.»

La gitana miró al cielo,

y haciendo una mueca típica

y una contorsión grotesca

siguió hab'ando de esta guisa.

«¡Catafú de los can'iles!

¡Los polvos de agü'ela Rita!

¡Catafú, titirítones!

¡La yerba é l's ziete pantas!...

Su manita ercha carra

(ú tó lo er mundo es me'itra)

que á más tardá, drento é un año,

va osté á traé una chiquiya.

Se va á llamá Mariquita,

y va á tené más zandunga,

que zar tienen las zalinas.

(Concluirá.)

...Y la bendición apostólica

Bien que el hombre lo mareciese por sus virtudes—que no es ahora ocasión de discutirlo—ya que el lujo desplazado en su entierro por la familia hubiese franqueado la abertura de la puerta, lo cierto es que cuando don Cornelio murió, sin hacer escala en sitio alguno, entró como por su casa en el cielo.

Ya dentro, el buen señor no se preocupó más que de una cosa: costase lo que costase, quería saber qué era lo que había sucedido después de su muerte, á qué hora lo habían enterrado, en qué to lo habían hecho con pompa y si todo forma se había redactado la hoja la mortuoria.

—Eso es sencillo—le indicó otro bienaventurado á quien don Cornelio manifestaba confidencialmente sus deseos—fácilmente puede enterarse. Pida usted un diario de aquella fecha.

—¿Tamb én los tienen aquí?

—¡Vaval! Aquí lo tenemos todo.

Don Cornelio lo pidió y en seguida se lo dieron.

La esquelna fúnebre era tal como él se la había imaginado, de plana entera. Su nombre estaba escrito en letras gruesas, negras, que podían leerse á la distancia de dos kilómetros. Debajo del nombre había un ¡Ha fallecido! capaz de entrecocer las piedras y á continuación de una línea que decía así: «Habiendo recibido los san-

los sacramentos y la bendición apostólica.

— ¡Hula, hol. I... ¿Qué significaba aquello? Lo de los santos sacramentos no le ofrecía duda alguna. Pero aquel aditamento de la bendición apostólica... ¿que representaba, qué quería decir?

Don Cornelio corrió á consultarlo con el bienaventurado que tan acertadamente le iba ó lo del diario.

— Escuche usted— le dijo, colocándole delante de los ojos la página del periódico que contenía su esquila— hágeme el favor de decirme qué significan esas palabras.

— ¿Cuáles?

— Las usted... Y la bendición apostólica. ¿Qué quiere decir eso?

— ¿Cómo? ¿No sabe usted eso? Quiere decir la bendición del Papa.

El pobre don Cornelio abrió unos ojos como dos nuevas cocheras.

— ¿Del Papa de Roma?

— Sí, señor. ¿Acaso hay algún otro?

— Pero... ¿el Papa me ha bendecido?

— Seguramente; bien claro lo dice la esquila.

El infeliz no podía darse cuenta del suceso. ¡Bendecirle á él, el más humilde y modesto de los mortales, todo un Santo Padre, la figura más grande de la Iglesia, el jefe, el cabeza y jefe de la cristiandad! ¿Cómo se había arreglado su familia para obtener una gracia tan extraordinaria? ¿A qué influencia habría acudido?

Y el pobre hombre, aquel día y el otro y varios más, no hacía sino pasear por todos los ámbitos del Cielo, muy satisfecho de haber sido objeto de tanta distinción. Los santos no le hacían caso ni le escuchaban siquiera.

Cuatro días hacía que don Cornelio pasaba por la gloria el famoso periódico, cuando la corte celestial se vio sorprendida de repente por un sucesor extraordinario. El Papa había muerto y acababa de llegar.

Todos se felicitaron al ratio de estrada para verle y felicitarle. ¡Ua Papa en el cielo! Es una cosa que no acontece todos los días.

Concluidos los saludos y presentaciones de rubrica, don Cornelio aprovechó la ocasión de acercarse al recién venido.

— Tengo el gusto de besarle los pies— le dijo con un acerto meloso.

El Papa le contestó con una ligera inclinación de cabeza. Don Cornelio volvió inmediatamente á la carga.

— Supérjeme que usted debe conocerme.

— Hombre, si he de ser franco...

— ¡Ah! ¿no? Cornelio Calafate, que falleció hace cinco días...

— ¡Ah!

— Sí, señor. Y vergo á darle las gracias por su excesiva bondad.

— ¿Bondad excesiva? .. No atino...

— ¡No?... Vea usted.

Y al decir esto, le dió á leer el periódico.

— ¿Qué ve usted aquí?

— Una esquila mortuoria.

— Es la mía. Y lo que le agradezco es la bendición que se dignó concederme.

— ¿Quién? ¡Yel!

— Sí hombre; mire usted... Y la bendición apostólica.

— Perfectamente. ¿Es de decir, que yo ben dije?... Pues, hijo, confieso que no talía una palabra.

— ¡Esta sí que es buena!... ¿Bendice y no lo sabe? ¿Quién entiende esto?

— ¿Quién? Cualquiera que sepa que estas bendiciones apostólicas se despachan en las oficinas de los obispos á equia pesetas cada una.

A. M.

FRATERNIDAD

El hambre enseñó á los bárbaros el asesinato, los empujó á la guerra y á las invasiones.

Los pueblos civilizados son como los perros de caza: un instinto corrompido los excita á destruir sin razón ni provecho.

La sinrazón de las guerras modernas se llama interés dinástico, nacionalidades, equilibrio europeo, honor; este último motivo es el más extravagante, puesto que no hay un solo pueblo que no se haya manchado con todos los crímenes y vergüenzas imaginables; ni uno solo que no haya sufrido todas las humillaciones que la suerte puede infligir á una agupación de hombres. Y si á pesar de todo subsiste todavía honor en los pueblos, es un extraño medio de deferirlo el hacer la guerra, es decir, cometer todos los crímenes con los cuales un particular se deshonra: incendio, robo, violación y asesinato.

ANATOLE FRANCE

Con gran concurrencia, y entre ellas las autoridades civiles y militares, fué bautizado el día 15 en Jerez de la Frontera un mozo, catquizado por el Padre Revilla, aquel de crucifijo y revolver en mano; le pusieron por nombre Francisco José de la Cruz, y el alcalde de la ciudad actuó de padrino y la señorita doña Isabel García Pérez de madrina. Y eche usted de gozgorio y Tedeum y almuerzo por todo lo alto.

Si á ese apóstata del Koran le gusta la carne de cerdo, ya puede darse de ella cuantos atracones quiera, y si es aficionado al vino acostarse borracho todas las noches, sin que en ninguno de ambos casos comprometa su salvación eterna; que esto es, en suma, lo que ha ido ganando en el cambio.

Bibliografía

Nueva novela de Blasco Ibáñez: *La reina calafia*. Moderna historia de amor y, al mismo tiempo, evocación histórica de una de las páginas más gloriosas de nuestra raza. 5 pesetas en todas las librerías. *Prometeo*. Valencia.

(Diálogo entre un padre espiritual jesuita y un Luis.)

- ¿Es bella tu novia?
- Veinte mil cueros de dote.
- ¿Es buena?
- Una casa en el barrio de Salamanca.
- ¿Es virtuosa?
- Un chalet en San Sebastián.
- ¿Es honrada y humilde?
- Tres cortijos en Andalucía.
- ¿Es inteligente y laboriosa?

— Tiene un tío viejo y millonario al que heredará.

— ¡Que Dios bendiga vuestro matrimonio!

Una señora entra en una iglesia llevando á un chico de la mano: es la primera vez que lo lleva al templo.

Pasa un clérigo con sobrepeluz: el chico lo mira con atención y exclama:

— Mamita, ¿por qué esa señora lleva la camisa por encima del vestido?

Un pastor protestante predicaba un domingo, y, según costumbre, leía á sus feligreses algunos párrafos de la Biblia.

Explicando la situación de nuestro primer padre en el Paraíso, decía:

«Entonces el Señor dió á Adán una compensación.»

Vuelve la hoja y continúa:

«Que estaba barnizada de alquitrán por dentro y por fuera, y contenía animales de todas especies.»

Había pasado dos hojas y llegado al arca de Noé.

AMIGOS QUE HAN ENVIADO CANTIDADES PARA AYUDAR A EL MOTIN

Fermín Pester, Novelda, 2 pesetas; Pedro Carballo, Valencia de Alcántara, 5; Francisco Eusebio Ballabur, 4; Sergio Menéndez, Gijón, 5.

CORRESPONDENCIA ADMINISTRATIVA

El Campillo.— Berjámín Puó, abonada su suscripción á fin Enero 1924.

Idem.— Gabiél Puó, id. á fin Enero 1924.

Santa María del Beryocal.— Rufino González, id. á fin Julio 1924.

Ballobar.— Francisco Eusebio, id. á fin Julio 1924.

Gijón.— Sergio Menéndez, id. á fin Mayo 1924.

Novelda.— Fermín Pester, recibido su giro de 5 pesetas; conforme.

Alayor.— Rafael Juanico, id. de 25; conforme.

Santullano.— Silverio Parizo, id. de 15; conforme.

Alaró.— Demian Campina, id. de 22'25; conforme.

Boñar.— Abel Díez, id. de 9; conforme.

Valdeverobres.— Miguél Scler, id. de 7; conforme.

Hu-lua.— Antonio Corrales, id. de 10; conforme.

ALBUM PRIMERO

DE
CARICATURAS Y DIBUJOS
PUBLICADOS EN
"EL MOTÍN"

PRECIO: 7 PESETAS

Imp. Juan Pérez. - Pasaje de Valdecilla, 2. - Madrid.